

Bandieri, Luis María

Breves reflexiones sobre la investigación y el investigador
Brief reflections on research and investigator

Prudentia Iuris N° 77, 2014

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Bandieri, L. M. (2014). Breves reflexiones sobre la investigación y el investigador [en línea], *Prudentia Iuris*, 77.
Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/breves-reflexiones-sobre-investigacion.pdf> [Fecha de consulta:.....]

BREVES REFLEXIONES SOBRE LA INVESTIGACIÓN Y EL INVESTIGADOR

Brief reflections on Research and Investigator

Luis María Bandieri¹

Me han pedido que comparta con ustedes unas breves reflexiones sobre la investigación y el investigador, a partir de nuestras experiencias comunes. Vamos a enhebrar, entonces, unas reflexiones sobre lo que hacemos y conocemos, una mirada breve sobre un quehacer común. El diccionario de la lengua nos dice que investigar es “hacer diligencias para descubrir una cosa”. ¿Descubrir? ¿Cómo otro Colón, lanzarse a la procura de nuevos mundos? Parece cosa muy difícil, cosa para muy pocos. Si seguimos interrogando a la palabra, vemos que viene de vocablo latino, *in-vestigatio*. Y *vestigatio* nos conduce a *vestigium*, la planta del pie, el vestigio, la huella. El que investiga, como el célebre Sherlock Holmes, modelo del investigador, busca las huellas. Sigue una huella. Significa que ve lo que todos han visto ya, y dicho ya. Aquí está el desafío del investigador: ver lo que todos han visto y pensar lo que pocos han pensado hasta allí. En lo que todos han visto, debe encontrar lo inadvertido y desenvolver nuevas conclusiones. Volviendo a Sherlock Holmes, recuerden un famoso diálogo en el cuento “Silver Blaze” (Estrella de Plata). Se trata de la investigación sobre la desaparición de un caballo de carrera, cuyo nombre da título al relato, y de la muerte de su entrenador. El inspector de policía a cargo relata cuidadosamente todos los hechos del caso y, al final, pregunta si hay algún otro punto sobre el cual fijar la atención, ya que cree haberlos señalado todos.

—Sí —dice Holmes—, el curioso incidente del perro aquella noche.

—El perro no hizo nada aquella noche —respondió el inspector.

—Ése es, precisamente, el curioso incidente.

A partir de este dato inadvertido se resuelve el caso. Podría decirse que la labor de un investigador, frente a la suma de datos e interpretaciones sobre un tema en análisis, consiste en averiguar por qué no ladró el perro aquella noche. Porque parece que todo está dicho, pero nunca hay un último análisis. Recuerdo que en la única visita que hizo al país Julien Freund, el gran politólogo y polemólogo francés, duran-

¹ Abogado (UBA), Doctor en Ciencias Jurídicas (UCA) y Titular Ordinario en la Pontificia Universidad Católica Argentina.

te una conferencia que pronunció en la Facultad de Derecho de la UBA, al final de la exposición uno de los presentes le hizo una pregunta en la que utilizó la fórmula “en último análisis”. Y el profesor de Estrasburgo le señaló que en nuestras disciplinas nunca existe el “último análisis”. Lo dado resulta, en todo caso, lo penúltimo. Todo está dicho, pero nunca hay un “último análisis”.

Aquella etimología y estos recuerdos holmesiano y freudianos nos señalan algunas cosas.

Primero, que al investigar, al plantearnos un tema para investigar, ya sabemos algo de ese tema, porque de otro modo no habría llamado nuestra atención, no nos habría inquietado o atraído. En el “Menon”, un cierto investigador llamado Platón, por boca de Sócrates, dice más o menos que nadie puede indagar sobre lo que sabe o sobre lo que no sabe. Puesto que sobre lo que sabe plenamente no investigaría y sobre lo que no sabe, no sabría qué investigar. Investigar supone que algo se sabe, que hay que hacer diligencias para encontrar el resto que se ignora y hallar allí el punto hasta entonces inadvertido o descuidado.

Entonces, en el investigador debe haber una combinación de pensamiento convergente y pensamiento divergente. Es decir, un pensamiento convergente que permite enfocar los problemas y las preguntas con las que los planteamos, reconduciéndolas a modelos conocidos donde pueden obtener, y en parte ya han obtenido, una respuesta justa. Y, simultáneamente, un pensamiento divergente que repasa esas respuestas procurando un punto de vista nuevo.

Hay otro aspecto por considerar que surge de aquella etimología. La originalidad, en nuestro trabajo, es perseguible y deseable, pero siempre relativa. Somos, como decía en el siglo XII aquel Bernardo de Chartres al que conocemos solo por esta frase: enanos subidos sobre los hombros de gigantes. Vemos más y más lejos que ellos no porque nuestra vista sea más aguda, sino porque nos llevan sobre sus espaldas gigantes. Estamos obligados a aguzar la vista sobre lo inadvertido, montados sobre una tradición de pensamiento. Este es el rol que cumple una universidad como la nuestra: facilitarnos que nos subamos al mangrullo de escuelas del pensamiento, dentro de una amplia libertad académica. Hablo desde la experiencia del Centro de Derecho Constitucional o del Centro de Derecho Político, que es mi campo, y así lo planteamos, pero ocurre en todas las ramas del Derecho y, más, en todas las ramas del saber, más aún cuando llegamos a advertir la unidad trascendente de los diversos saberes.

Desde luego, una vez que nuestra curiosidad y nuestro interés se han dirigido a un tema, que parte de la elección del investigador, sobre el que luego es importante que requiera consejo, pero que surge de su elección, viene la cuestión de definirlo, esto es, y permídenme que recurra otra vez a la etimología, poner límites: *definire* remite a *finis*, en latín, límite. Después está la tarea de recoger lo dado y lo dicho sobre el tema definido. El vasto y mucho más fácil acceso a la información con que hoy contamos puede plantear un peligro, volviendo a la imagen de Bernardo de Chartres: convertirnos en unos enanos del pensamiento subidos a los hombros de unos gigantes virtuales de la información y del *cut and paste*. Una vez definido el tema y cuando, superado el peligro antes señalado, avanzamos en el conocimiento de lo que sobre él existe, sobre lo dado, hay un momento en que podemos vislumbrar lo inadvertido. Es el momento de la iluminación, del *insight*. Desde luego que

estas etapas no se dan como tramos perfectamente separables de un ascenso, como peldaños bien definidos de una escalera, aunque, a los fines de mayor claridad, los presentemos aquí bien separados.

El investigador se ha ocupado en reunir lo más fielmente posible los datos sobre su tema. Está ocupado y pre-ocupado por la cuestión. “Preocupado” en el sentido de que su atención se halla absorbida y concentrada en ese objeto con exclusión de otros. Y lo que le ocurre el investigador en este punto es semejante a lo que le pasa al juez cuando, sobre lo alegado y probado, debe llegar a su fallo; o al abogado cuando, sobre una masa de información, debe “hallarle la vuelta” a su caso.

Allí entran en juego procesos que son atribuibles a una polaridad entre intelecto y creatividad: un pensamiento científico y racional y otro narrativo y metafórico. El final es el juicio de razón. En el medio, está la comprensión que enlaza ambos extremos: preocupación y juicio. El camino a la comprensión se inicia por una iluminación o *insight*. El *insight* es, literalmente, “ver adentro”, como se columbra a la luz de un relámpago. No es inteligencia, que significa “leer adentro”, *intus legere*, que implica, más allá del ver, comprensión profunda (el *nous* de los antiguos). La inteligencia está al final del proceso que va de la preocupación a la comprensión; el *insight*, al principio. Resulta una súbita experiencia reveladora, un pantallazo sobre una situación antes oscura y confusa; una modalidad de toma directa y afectiva (vivencial y empática) con el objeto de conocimiento. Una conjetura penetrante, una corazonada iluminadora, un chispazo que ilumina el sendero del conocimiento. Se capta en los datos un sentido, un significado. No es aún algo verificable y comprobable; puede estar equivocado y no ser por ello menos cierto. Es como el “flechazo”: tal vez simple fascinación o inicio de un compromiso perdurable. Tiene como base una imagen esquemática de la situación y resulta de allí una organización inteligible que puede o no ser pertinente con los datos. Con estas salvedades, resulta uno de los instantes más preciosos de una investigación, a partir del que se anuncia un trabajo duro y sostenido. Como en el verso de Lope de Vega, “quien lo probó lo sabe”.

Dejo aquí, en mi intervención, al investigador a mitad de camino, pero ya encaminado. Y muchas otras cuestiones sin tratar: p. ej., la de la relación entre la investigación y la docencia, que mutuamente se reclaman, aunque no todo investigador deba ser docente ni todo docente investigador, pero en este último caso resulta deseable que reúna ambos quehaceres. Quizás si Holmes, el investigador por antonomasia, pudiese leer estas reflexiones, diría, con aquella frase que Conan Doyle nunca escribió pero se ha hecho proverbial: “elemental, profesor”.